



El último minuto. Fuente: Ilustración de José Ignacio Barros

13 minutos

Texto: Rubén Balanta Mera¹

Ilustración: José Ignacio Barros²

Ven, espera un momento. ¿Te puedo pedir un favor? ¿Sí? Quédate aquí, acompáñame estos últimos minutos que me quedan de vida. No. No estoy loco... o tal vez sí, toda mi vida fue un síntoma de la locura y fue esa misma locura la que me llevó a hacer lo que hice.

¿Que no me entiendes? No, claro que no, pero en unos minutos lo harás. Solo te pido unos cuantos... 13 para ser precisos.

¿Que por qué a ti? Ni yo lo sé, pero siento una terrible necesidad de contar mi historia antes de irme y, bueno, tú fuiste el afortunado... o desafortunado que apareció.

Sí, ya sé que estás trabajando, pero por unos minutos que estés aquí no creo que muera nadie más, ja, ja, ja. Considera este acto parte de tu labor.

¿Para qué me ofreces un psicólogo? No quiero un maldito psicólogo; esa gente es basura y están más locos que tú y yo.

Solo quiero que me escuches. ¿Te quedas? Bien, coge esa silla de allá y siéntate a mi lado. Ya no tengo la misma voz de antes y me cuesta hablar alto... ¡Joder! Ya hemos perdido dos minutos, mejor me apuro.

Mi nombre es.... ¿Para qué te digo si ya lo sabes? Lo que sí te puedo contar es el error que me tiene aquí. Me enamoré, me enamoré perdida y apasionadamente como nunca lo imaginé... ¿Qué por qué digo que fue un error? Ya lo verás, ahora cállate y déjame hablar, mira que no tenemos tiempo.

Odio lo cliché, pero tengo que decir que el amor me elevaba, me hacía sentir poderoso, lleno de vitalidad, invencible. Con ninguna de esas porquerías que metí pude experimentar semejante cosa. Me enamoré. No le temía a nada y me lancé al vacío, sin dudarlo, a la maldita sea. El problema es que no me di cuenta de que las alas que me habían puesto estaban fabricadas de mentiras. Así como tampoco

1. Psicólogo de la Universidad del Magdalena. *E-mail:* rubendario0806@gmail.com.

2. Estudiante del programa de Odontología en la Universidad del Magdalena y dibujante aficionado. *E-mail:* jignaciobc01@gmail.com.

vi el pavimento con el que me reventé solemnemente.

Nací bajo el signo de Capricornio y, en efecto, desde niño fui una cabra: una cabra loca, impredecible y siempre a punto de enloquecer más que la última vez. Quería vivir a mi manera, ser libre... ¡y por dios que lo fui!... hasta que apareció él.

Ser así me llevó a vivir al límite. Cierta día, mis padres se fueron de viaje y me quedé solo. Salí a la calle y me llevé los primeros cuatro tipos que encontré. Cuando llegamos, me violaron, eso fue lo rico; lo malo, me golpearon y se llevaron casi todo.

Como cualquier familia de bien de este puto país, mis padres eran católicos y, por lo tanto, ultra conservadores. Se enteraron de que me gustaban los hombres porque me encontraron chupándosela al seminarista que había llegado de misión. ¡Qué escándalo!

Esa fue la gota que derramó el vaso: me echaron de la casa. Me prometieron mensualmente una buena suma de dinero para que hiciera lo que se me diera la gana con la condición de que me mantuviera lejos. Solo estaban interesados en su imagen... Qué detestables.

Vaya, ya han pasado ocho minutos... Quizá no me creas, pero nunca sentí tanto miedo como ahora. Nadie está preparado para la muerte y quien diga lo contrario miente como un canalla. Nunca me temblaron las manos y heme ahora, cargado de miedo.

Por lo menos me iré sin arrepentimientos, hice todo lo que se me dio la gana; follé todo lo que quise, me drogué todo lo que se me antojó y jodí todo lo que pude. Recuerda, al final solo importa lo que hiciste. Si te enfrentas a la muerte con un "qué hubiera pasado si...", llorarás amargamente. Yo tengo miedo, pero estoy tranquilo, incluso le quité la oportunidad de

venirme a buscar cuando quisiera, la obligué a venir antes.

¿Todavía no lo entiendes? Mira, ¿ya viste el potecito? Ni intentes pedir ayuda. Sabes tan bien como yo que ya nada queda por hacer... solo esperar... Mejor déjame que te cuente cómo lo conocí y por qué terminé aquí.

Ahora que te veo bien, eres atractivo... tienes ese brillo en los ojos de los que quieren comerse el mundo y creo que lo conseguirás. Pero, en fin, lo conocí en una de esas discotecas en donde no se sabe qué huele peor, si los baños o la podredumbre de la misma gente.

Te voy a ahorrar detalles, pero te diré que en ese instante todo el mundo desapareció y solo quedó él. Algo se incendió en mí y no pude dejar de perseguirlo, de buscarlo, de llamarlo, de verlo en todas partes, ni siquiera durmiendo me escapaba de él.

Pronto me vi a su lado todo el tiempo. Lo necesitaba con urgencia. No te lo puedo explicar, pero nunca hubiera podido encontrar a alguien que encajara tan bien conmigo. Siempre estábamos desafiando nuestros límites, nos gustaba probar cosas nuevas, nada nos detenía.

Un día me desperté y ya no estaba. Pensé que había salido un momento. Estuve una semana sin salir. Supe lo que se siente que te rompan el corazón. Al octavo día salí, dispuesto a destruirme, a volverme mierda como si no hubiera un mañana... y una vez más lo conseguí; mira donde terminé.

No sé qué pasó. Cuando desperté ya estaba aquí. En realidad, el diagnóstico no me sorprendió; yo sabía que la tos que tenía desde hace un mes no era normal. Como no eran normales los morados que me salían de repente y las heridas que no sanaban.

Ahora vete, ya no necesito tú ayuda, se nos acabó el tiempo. ■■■